EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

¡NO MAS CELOS!

COMEDIA

EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON JAVIER G. DE LAMADRID.

MADRID.
ALONSO GULLON, EDITOR.
PEZ.—40.
OFICINAS: POZAS—2—2.°

1878.

AUMENTO AL CATALOGO DE 1.° DE ABRIL DE 1877.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
COMEDIAS Y DRAMAS.			
Á las puertas del cielo	1	D. J. Jackson Veyan	Todo.
Breton	1	Emilio Ferrari	»
Caridad y abnegacion	1	Sres. G. Saenz Diez y A. de Larra	»
Cazar con liga	1	D. Eduardo Inza	»
Contra la fuerza la astucia	1	Senen Lopez	»
Dos enemigos íntimos	1	E. Zamora y Caballero	»
El fin del cuento	1	José Jackson Veyan	»
El hijo de su madre	1	Pedro J. Moreno	»
El hombre feliz	1	Eduardo Lustonó	»
El mejor juez, la conciencia	1	L. Parejo y Reina	»
El que escupe al cielo	1	Guillermo Perrin	»
El rondador de Sevilla	1	J. V. y Sanchez	»
El sol de la caridad	1	Sres. E. J. Cortés y J. J. Veyan	»
El tesoro de los sueños	1	D. José Jackson Veyan	»
El viejo Miloch ó la guerra de Servia	1	Leopoldo Parejo	»
Enciclopedia	1	Calixto Navarro	»
Entre solteros	1	Javier Gaztambide	»
Hidalguía Castellana	1	Senen Lopez	»
Jesús, María y José	1	Sres. A. Rodajo y A. del Palacio	»
Joaquinito	1	D. M. R. Saavedra	»
La agencia matrimonial	1	D.ª Asuncion Lozano	»
La chaqueta parda	1	D. José Jackson Veyan	»
¡Ladrones! ¡Ladrones!	1	Cárlos Calvacho	»
La justicia de Dios	1	L. Parejo y Reina	»
La ley del trabajo	1	Mariano Chacel	»
La morena y la rubia	1	Emilio Álvarez	»
La primera noche	1	Mariano Chacel	»
La sombra negra	1	E. Jackson Cortés	»
Los obstáculos	1	Sres. E. Navarro y J. Escudero	»
Los pendientes de coral	1	Pedro J. Moreno	»
María	1	D. José María Nogués	»
Me caso	1	Estéban Garrido	»
Para el corazon no hay clases	1	L. Parejo y Reina	»
Quien á hierro mata	1	Emilio Ferrari	»
Quien no se vence á sí mismo	1	Leopoldo Parejo	»
Soñar despierto	1	Leopoldo Parejo	»
Una balsa de aceite	1	Pedro María Barrera	»

¡NO MAS CELOS!

¡NO MAS CELOS!

COMEDIA

EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON JAVIER G. DE LAMADRID.

Estrenada en el Teatro MARTIN el 13 de Febrero de 1878.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18
1878.

PERSONAJES. ACTORES.

AURELIA......................	SRTA. AMIGÓ.
ANITA..........................	SRA. GARCÍA (D.ª Eladia.).
RICARDO......................	SR. GAMIR APARICIO.
DON CASTO...................	SR. ALBA.
DOMINGO......................	SR. BERENGUER.

La escena en una casa de recreo situada cerca de un pequeño puerto de mar.—Epoca actual.

ACTO ÚNICO.

Salon de planta baja, que por el fondo tiene salida y vistas á un jardin. Puertas laterales: la de la derecha conduce al exterior, y la del lado opuesto á las habitaciones interiores. Muebles de gran lujo. En primer término un piano vertical, libros y papeles de música. No lejos del piano una mesita ó velador donde hay varias carteras y álbums con dibujos, una paleta, pinceles y colores para la acuarela.

ESCENA PRIMERA.

AURELIA, ANITA.

AUR. Ya lo sabes todo, y puedes
cuánto sufro comprender.
ANITA. Siempre tuve la creencia
y hoy la confirmo, de que
eres muy niña.
AUR. Te burlas?
ANITA. ¿Qué otra cosa puedo hacer?
Aún no conozco á Ricardo,
y como su santo es
mañana, tuve la idea
de venirle á sorprender...
AUR. Y muy agradablemente.

ANITA. (Acariciándola.) ¡Aduladora! Llegué,
y extrañándome en extremo
tu excesiva palidez,
me has contado en dos palabras
que adoras á tu marqués
y que éste muere de celos
sin que él mismo sepa quién
ni cómo se los inspira.
¿No es este el relato fiel
de tu situacion?

AUR. (Atrayéndola cariñosamente hácia sí.)
Cual dices
me sucede, Anita.

ANITA. Bien,
pues sois dos niños, muy niños;
yo estoy segura de que
poco mundo por tu parte,
mucho afecto por la de él,
y la excesiva modestia
de uno y otro, van á hacer
dos mártires de dos seres
tan dignos del mayor bien.

AUR. Gracias.

ANITA. Bendigo el momento
en que la córte dejé
para venir á abrazarte
y á tu esposo á conocer.
¿Dónde está?

AUR. Con el doctor
en el jardin. Pero ven,
que no quiero dilatarle
á mi marido el placer
de que te conozca. Vamos.

ANITA. Nada de eso: mejor es
dejarle ignorar que hay huéspeda,
y que es tu hermana.

AUR. Por qué?

ANITA. Voy á intentar de sus celos
la curacion, y tal vez
la consiga fácilmente.

AUR. ¿Sí? Cómo?

ANITA. Lo vas á ver

(Aurelia mueve tristemente la cabeza como dudando.)

Tú has sido una *prima donna*
di primo cartello.

AUR. ¿Y bien?

ANITA. Yo de humilde *comprimaria*
é seconda no pasé;
mas en la escena del mundo
me concede mi viudez
mucha experiencia y alcanzo
á jugar mejor papel.
Cuanto tú de grande artista
tengo yo aquí de mujer,
(Señalando al corazon.)
y en achaques amorosos
más que mil doctores sé.
Tu situacion ya comprendo
y conozco mi deber
de hermana mayor: Aurelia,
fía en mi cariño, y ten
por seguro que las nubes
van á desaparecer
del cielo de tus amores.

AUR. Pero cómo?

ANITA. Calma. ¿Quién
y qué cosa es el Galeno
de este lugar?

AUR. Sólo él
disfruta algun ascendiente
sobre Ricardo.

ANITA. ¿En su bien
se interesa?

AUR. Y en el mio:
si nos quiere mucho.

ANITA. ¿Y es
muy viejo?

AUR. Cincuenta años.

ANITA. Casado?

AUR. Soltero.

ANITA. ¡Bien!
Tu médico me conviene:
si pudiera hablarle...

AUR. Pues...
¡ah! mi marido se acerca.
ANITA. Escóndeme pronto.
AUR. Ven.
ANITA. Que nada sepa, y te juro
que sus celos curaré. (Vánse izquierda.)

ESCENA II.

RICARDO, D. CASTO por el fondo.

CASTO. Nada, señor don Ricardo,
por mucho que usted se empeñe
en refutar mi diagnóstico
no logrará convencerme.
La marquesita en silencio
sufre mucho, mucho, y pierde
la salud con la alegría;
y es usted...
RIC. ¡Yo!...
CASTO. Usted quien tiene
la culpa.
RIC. ¡Doctor!
CASTO. Le ruego,
si la franqueza le ofende...
RIC. Ñada de eso.
CASTO. Usted perdone,
pero el buen médico debe,
si su ministerio estima
y su obligacion comprende,
decir las verdades claras
sin guardar ninguna especie
de etiquetas. Le repito...
(Domingo se presenta en la puerta por donde marcharon Aurelia y Anita. Queda escuchando casi oculto entre las cortinas, y con sus gestos cuando no con la palabra parece aprobar ó no lo que el doctor manifiesta.)
que son plantas las mujeres
como esas flores exóticas
que en ciertos jardines crecen.
Lozanas brindan perfumes

al céfiro que las mece,
y en el sitio donde nacen
allí en frutos se convierten.
Mas, robadas á su clima,
que aspiren extraño ambiente
y vereis que descoloran,
que enferman, que palidecen,
y que sus hojas marchitas
del cáliz al desprenderse,
entre el polvo se confunden
y en polvo desaparecen.

DOMINGO. (Al paño.) (Es verdad.)

CASTO. (Se dirige puerta derecha.) Hasta otro rato.

RIC. Suplico á usted que se quede.

CASTO. Aquí el doctor no hace falta.

RIC. El amigo la hace siempre.

CASTO. ¿Qué quiere de mí?

RIC. Un consejo.

CASTO. Escúchelo bueno y breve.
Si ama tanto á la marquesa
sálvela; mire que hoy puede
y mañana será tarde.

RIC. Cómo? ..

CASTO. Vuélvala á su ambiente,
á su atmósfera, á su clima;
y en fin, marqués, ya me entiende.
Adios.

RIC. Aguarde.

CASTO. Imposible.

RIC. Qué prisa?...

CASTO. Que mis deberes
me reclaman á otro lado,
y no es justo que me esperen
mis enfermos: tengo muchos
por desgracia en estos meses
de calor.

RIC. Pero mi Aurelia?...

CASTO. Ó la da el sol ó se muere.
(Domingo da muestras de aprobacion.)
La escena ó el cementerio.

RIC. ¡¡La escena!!

DOMINGO. (Al paño,) (No es eso.)

CASTO. Pienso
que la marquesa es artista
ántes que mujer, y quiere
su sol, su sol es la gloria.
DOMINGO. (No, no.)
CASTO. El teatro, su ambiente;
su atmósfera, los aplausos,
y la oscuridad su muerte.
DOMINGO. (Este médico no sabe
lo que á mi señora duele.
Yo sí que lo sé.)
RIC. ¡¡La escena!!
CASTO. Es lo que salvarla puede.
(Saluda, va á salir y se detiene á la voz de Domingo.)

ESCENA III.

RICARDO, D. CASTO, DOMINGO.

DOMINGO. ¿Da vuecencia su permiso?
RIC. Pasa adelante, ¿qué quieres?
DOMINGO. Señor doctor, la señora
marquesa desea verle,
y le suplica se digne
pasar á su gabinete.
RIC. ¿Está enferma? (Con inquietud.)
DOMINGO. No señor,
señor marqués.
RIC. ¡Ah!
CASTO. ¿Qué quiere?
DOMINGO. Nada me ha dicho.
RIC. ¡Don Casto!...
CASTO. Voy allá.
RIC. Sin duda tiene
que pedir á usted informes
de familias indigentes.
CASTO. Voy allá, voy.
(Váse izquierda. Domingo, despues de alzar el portier ante el doctor, da algunos pasos hácia Ricardo como si fuese á hablarle, pero á la indica-

cion de éste atraviesa la escena marchándose por la derecha.)

RIC. Tú, qué esperas?
Déjame solo.

DOMINGO. (¡Y no puede
uno hablar, ni lo que sabe
á decírselo se atreve!...)

ESCENA IV.

RICARDO.

¡Horrible eleccion! ¡Horrible!
La sepultura está abierta;
falta el cadáver, y quiere
mi desventurada estrella
que yo la víctima escoja;
que yo dicte la sentencia,
y á mi esperanza dé muerte
ó deje morir á Aurelia.
Ese doctor... ¿se equivoca?...
¿Acierta ese hombre?... ¿Acierta? ..
¿Comprendió acaso en mis ojos
la duda que me atormenta?
¡La duda!... ¿de qué? Yo mismo
sé que dudo, y no pudiera
decir absolutamente
en qué fundo mi querella.
Yo sólo sé que es hermosa,
qué es angelical, qué es buena,
que la adoro hasta el delirio,
y que tambien dice ella
que en mi amor halla la vida
y que en mi cariño alienta.
¿Pero es verdad? ¿No me engaña?
¿Es posible que yo tenga
con este cuerpo deforme
la fortuna de atraerla?
¡Ay Dios mio! ¡Dios del cielo!
Por qué, por qué tu inclemencia
da un corazon y da un alma

*al corcobado? Si niegas
*á mi cuerpo la hermosura,
*¿por qué mis ojos no quemas?
*¿Por qué en mi espíritu infundes
*suma pasion como esta?
¡Dios de bondad! si eres justo
dame cual amor belleza,
ó con la mujer que adoro
déjame solo en la tierra!

ESCENA V.

RICARDO, AURELIA.

AUR. Ricardo?...
RIC. ¡Mi pobre Aurelia!
AUR. ¿Pobre Aurelia? Oye, me extraña
el tono con que pronuncias
frase tan melodramática.
Señor marqués de Solares
cuénteme lo que le pasa:
mire que su Aurelia nunca
será tan pobre de alma
que no sepa hallar consuelo
al dolor que le maltrata.
RIC. Aurelia, me quieres mucho?
AUR. ¡Bah, que la pregunta es rara!
¡No tienes de mi cariño
prueba sobre prueba?
RIC. Basta,
te comprendo, te comprendo.
AUR. Fácil es.
RIC. Y delicada
tu manera de estar siempre,
siempre arrojándome en cara
lo heróico del sacrificio.
AUR. No, Ricardo. (¡Que me mata!)
RIC. *Tú, la mujer... el arcángel
*de belleza sobrehumana:
*tú, la incomparable artista
*que al público electrizabas
*con la mágia de tu acento

y el brillo de tus miradas;
la que tuvo á más de un rey
arrodillado á sus plantas
mendigando una sonrisa
ó de amor una palabra,
has renunciado á la gloria
que el porvenir te brindaba,
y en vez de altivos laureles,
ceñida de rosas blancas
diste tu mano á ese hombre...

AUR. ¡Que adoro!

RIC. Que te idolatra,
pero que es deforme, horrible;
que es un monstruo que te marca
con el sello del ridículo.

AUR. ¡No por Dios del cielo! Calla,
porque me está haciendo daño,
mucho daño lo que hablas.
Pienso que ya no me quieres,
y la sola idea me espanta.

RIC. *¿Puedo ser dichosa Venus
*con Vulcano?

AUR. *(¡Ay, no se cansa!)

RIC. *¡Quién pudiera ser Adonis!

AUR. *¡Eres mi amor de mi alma!

RIC. ¡Esposa mia!

AUR. Tu esposa,
sí, tu esposa enamorada
que te comprende y te admira,
que no es tan vulgar, tan baja
que la hermosura del rostro
tenga en más que la del alma.

RIC. ¡Si fuera cierto!

AUR. Lo dudas?

(Domingo asoma la cabeza por entre las cortinas de la derecha y escucha)

RIC. No, no dudo que me amas,
pero temo que algun dia
te pese. Tal vez mañana
«compasion» tan sólo llames
lo que hoy amor.

AUR. ¡Cuál te engaña

el desprecio de tí mismo!
(Aprobacion de Domingo.)

RIC. Miro este cuerpo... esta cara...

AUR. ¿Pero no sientes... no sientes
lo que aquí se encierra!
(Poniendo la mano en el pecho de Ricardo.)

RIC. Nada.
¡Ah, sí, mucho! Un torbellino,
un volcan hay, cuya lava...
son los celos.

DOMINGO. Sí, los celos
que á la pobre niña matan.

AUR. ¿Por qué el corazon gigante
al que á contener no basta
del universo el espacio,
se contrae y se amilana
ante la pueril sospecha
que sobre mi frente lanzas?
(La mímica de Domingo se hace cada vez más marcada, aprobando, al parecer, cuanto dice Aurelia. Poseido del interés que le inspira el diálogo de sus señores, avanza cuanto puede el cuerpo desde su escondite, como para ver en el rostro del marqués el efecto de las reconvenciones de Aurelia.)
La marquesa de Solares
cuando sólo se llamaba
Aurelia, cuando era artista,
cuando sola con su hermana
sin más amparo que el cielo,
ni más bien que su garganta
iba recorriendo Europa,
se vió por doquier cercada
de necios adoradores
que ansiosos se disputaban,
no su amor, sino su orgullo,
la vanidad de llamarla
su *conquista*.

RIC. ¡Por Dios santo!
no recuerdes...

AUR. Si negaba
y negó siempre y á todos

de su aposento la entrada;
si no tuvo un sólo amante;
si de ella nadie alcanzára
la más ligera sonrisa
y supo ser respetada,
¿por qué el hombre á quien adora,
el que dice que la ama,
es el único en quien cabe
que Aurelia llegue á ser mala?

RIC. Porque el corazon es lodo;
porque mi desdicha es tanta,
que tengo un ángel y el cieno
de mi corazon le mancha.
Perdóname, que ya nunca
te verás martirizada
por mis celos, te lo juro.
(Domingo mueve tristemente la cabeza en señal de duda.)

AUR. Conque lo prometas basta.

RIC. ¡Qué buena eres!

AUR. Ricardo,
tengo una pena.

RIC. ¿Cuál? Habla.

AUR. El doctor tiene la culpa.

RIC. ¡El doctor! No le llamaban
de tu parte?

AUR. Se ha marchado.

RIC. Es muy díscolo.

AUR. Mañana
es el dia de tu santo,
y yo que te preparaba
una sorpresa...

RIC. ¡Ángel mio!

AUR. No puedo ya realizarla.
Mira.
(Toma una vitela del velador y la da á Ricardo.)

RIC. ¡Qué linda acuarela!
¿Representa la Susana
al salir del baño?

AUR. Justo.

RIC. De tu doncella es la cara
embellecida: ya veo

que mi discípula avanza
rápidamente.

AUR. (Señalando.) Pues mira.

RIC. Sí, con lápiz indicadas
hay dos cabezas.

AUR. Los viejos.

RIC. ¡Pícaros! ¿No los acabas?
Vamos, toma la paleta.

AUR. ¿Y el modelo que me falta?
Tiene que ser un anciano.

RIC. Si el doctor no se negara,
su adusta fisonomía
y su respetable calva...

AUR. Ya se lo he dicho, y no quiere.

RIC. Entónces... Domingo.

AUR. ¡Anda!
¿el negro? ¡bueno estaría!

RIC. Tienes razon.

AUR. Á esta casa
no viene nadie...

RIC. Y en ella
se vive como una esclava.
Eso es llamarme celoso,
tirano, verdugo.

AUR. Nada.
Esto es decirte que voy
á terminar la Susana.
No necesito modelo,
sino al capricho. ¿Te agrada?

RIC. Perdona otra vez, Aurelia.

AUR. Quién está ofendida? Vaya,
(Se sienta al velador.)
ínterin á estos señores
doy algunas pinceladas,
siéntate al piano y toca
lo que quieras.

RIC. (Leyendo la portada de un papel de música.)
La romanza
del sauce.

AUR. Precioso número.

RIC. ¡Es de Otello!

AUR. (¡Qué desgracia!)

RIC. No, no me gusta, es muy triste
ese spartitto. ¿Te agrada
más la música de Verdi?

AUR. El primer papel que salga,
lo que quieras.

RIC. (Tomando un libro.) Rigoletto.

AUR. (Se levanta y corre al piano.)
Mi ópera más amada,
*la que elegía yo siempre
*para mis debuts. Hoy guarda
*mi corazon sus recuerdos.

RIC. *Por qué? (Con marcada intencion.)

AUR. *Porque la cantaba
*en el Real cierta noche
*que leí en tus miradas
*un poema de ternura
*y de sufrimientos.

RIC. *¡Gracias!

AUR. Cantemos: haz el parlante.

RIC. ¡Gran Dios! ¡Aurel...

AUR. ¿Qué te pasa?

RIC. Esta frase... ¿es un augurio? (Señalando.)

AUR. *Canzione. Il duca di Mantua.* (Leyendo.)
«La dona é móvile...» (Cantando á media voz.)
—¡Cielos!

RIC. La mujer olvida, cambia...
es pluma á merced del aire...

AUR. ¡No, Ricardo!

RIC. ¡Canta, canta!

AUR. ¡Nunca más! (Rompe la partitura.)

RIC. Pero aquí quedan
para siempre esas palabras. (En su mente.)

AUR. (No puedo más, ya no puedo.) (Transic ion.)
¡Ricardo, por qué me matas?
(Se arroja al cuello del Marqués. Al mismo tiempo Domingo levanta el portier de la derecha. Ricardo enjuga las lágrimas de Aurelia y figura hablarla en voz baja.)

ESCENA VI.

DICHOS, DOMINGO.

DOMINGO. (Lo mismo de siempre, llanto
y «ya no te doy más celos:»
y entre suspiro y sonrisa
una puñalada al pecho
de la señora, otra al suyo,
y vuelta á empezar el cuento.
¡Tanto quiso el diablo á su hijo
que por fin le dejó tuerto!)
¿Dan permiso los señores?

AUR. ¡Ah!

RIC. Qué quieres?

DOMINGO. Que está el médico
esperando que vuecencias
le reciban.

RIC. Al momento
hazle pasar.

DOMINGO. Le acompaña
una señorita.

AUR. (¡Cielos,
mi hermana!)

RIC. Que pase al punto.

AUR. (Tengo ya remordimientos
de que así le engañe Anita.
¡Me quiere tanto! ¡Es tan bueno!)

DOMINGO. (Si ahora tampoco le curan
le salvará el pobre negro.)
(Desaparece un momento, introduce al doctor y
Anita y se retira.)

RIC. ¿Quién podrá ser la que viene
con el doctor?

AUR. No sospecho...
(¡No sé mentir!)

ESCENA VII.

AURELIA, RICARDO, ANITA, D. CASTO. Anita viste con cierta afectacion algo ridícula, y en esto, como en sus modales, imitando á las señoras de lugar. Viene materialmente colgada del brazo de D. Casto.

ANITA. Servidora.
RIC. ¡Doctor! por aquí de nuevo?
ANITA. (Bajo al doctor.)
(Hable usted, hombre, presénteme.)
(Alto.) Tomen ustedes asiento.
(Lo hacen todos. Anita la primera.)
RIC. Muchas gracias.
CASTO. Marquesita,
señor marqués...
ANITA. ¡Vamos! (Bajo.)
CASTO. Tengo
el gusto de presentarles
á mi esposa.
RIC. Yo celebro
conocerla.
(Anita se levanta y todos la imitan. Da la mano al marqués y luégo á Aurelia. Vuelven á sentarse, quedando Anita junto á Ricardo y el doctor al lado de Aurelia.)
ANITA. Muchas gracias;
igualmente yo me alegro
de verle tan aliviado.
RIC. (¡Qué mujer tan rara!) Pero
yo ignoraba que el doctor...
ANITA. Señora...
AUR. (Bajo.) (Anita, qué es esto?
ANITA. (Id.) Nada, que yo soy la píldora
que ha de curar á tu enfermo.
Déjame y ten confianza.) (Se sientan.)
RIC. Le tenía por soltero,
señor don Casto.
CASTO. ¡No! Nunca
lo he sido. Es decir, há tiempo
que no lo soy. (Bajo á Aurelia.) (La cabeza

me hará perder este enredo.
Salirme de pronto esposa
como á quien sale un divieso
en la nariz, es tan raro
que no me acostumbro á ello.

ANITA. Acércate aquí, marido;
más cerca, más, más, más; ¿pero
te tiene la forastera
con alfileres sujeto
á sus enaguas?

RIC. ¡Señora!
No sé qué pensar...

ANITA. Yo ménos.

AUR. (¡Estoy temblando!)

ANITA. (Bajo al doctor.) Pero, hombre,
hable usted.

CASTO. ¿Qué diablo es esto?

ANITA. Mira, mira, que me canso
de hacer la tonta, y prefiero
á jugar estos papeles...

RIC. Supongo que no debemos
el honor de esta visita
original á un deseo
de ofender á la marquesa,
lo cual de nadie tolero.
Y me extraña, doctor, mucho...

CASTO. (Pues no extrañe nada. (Bajo.) Ha tiempo
que mi mujer está loca,
y yo no sé qué remedio
emplear para librarme
de sus dudas y sus celos.)

RIC. (¡De sus celos! De sus dudas!)
Pero, en fin...

ANITA. Ha mes y medio
que debiera baber venido
para ofrecer mis respetos
á la señora marquesa;
pero Casto, que es un viejo
muy libertino. .

CASTO. ¿Eh, qué?...

ANITA. Nunca
á traerme está dispuesto

Hoy es víspera del santo
del señor marqués, y vengo...
(D. Casto va á hablar.)
calla tú, marido, calla,
que dirás un desacierto.

RIC. (¡Qué mujer! ¡Pobre don Casto!)

ANITA. Él, por darla de soltero,
de galan y de Cupido,
siempre sabe hallar pretextos
para dejarme en la casa.

CASTO. ¡Pero mujer!...

ANITA. Caballero,
se acabó la tiranía:
ya lo he dicho y lo sostengo;
desde hoy irá á todas partes
la médica junto al médico,
para evitar sus deslices
y sus enamoramientos
y el ocultar que es casado...
(Cambiando de tono.)
y en fin, que el hombre á quien quiero
con toda el alma me olvide
y dé á cualquiera su afecto.

AUR. ¡Pobre doctor!

ANITA. No señora,
no es para compadecerlo,
ni tampoco le hacen falta
boquitas de caramelo
que salgan á su defensa.

AUR. (Bajo á Anita, indicándole á Ricardo.)
(¡Ah! ¡Por Dios!...)

RIC. ¿Será ya tiempo
de que se hable de otra cosa
que de su amor y sus celos?

ANITA. ¿Le parezco á usted ridícula?

RIC. Yo no digo tanto.

ANITA. Pero
lo siente. Vamos, marido,
que el señor pone mal gesto
y no quiero estar de sobra (Se levantan.)
en parte alguna. Deseo (A Ricardo.)
que los tenga muy felices.

Señora marquesa, beso
á usted la mano.

RIC. Señora...

(Aurelia acompaña á Anita hasta la puerta. Don Casto se detiene á disculparse con Ricardo.)

AUR. Hermana mia, ¿qué has hecho?

ANITA. Ponerle en caricatura
su modo de ser.

CASTO. Le ruego
perdone el involuntario
disgusto...

RIC. Doctor, comprendo
lo que sufre usted.

CASTO. Me abruma
con sus infundados celos.
Esta escena, que repite
doquier y á cada momento,
acibara mi existencia.

RIC. En verdad le compadezco.
Tiene usted razon sobrada
de callar su casamiento. (Sigue bajo.)

AUR. (Si compara como dices,
sufrirá mucho.

ANITA. Lo creo;
mas si comprende, la dicha
reemplazará al sufrimiento.

AUR. ¡Ay, Dios lo quiera!)

ANITA. (Alto.) Marido,
vamos.

CASTO. Marqués...

RIC. Hasta luégo.

CASTO. Á los piés de usted, Aurelia.

(Cuando va á dar la mano á Aurelia, Anita se coge á su brazo y le retira.)

ANITA. Excusa los cumplimientos.
(Bajo.) (¿Qué dice de mi específico?

CASTO. (Id.) Que tiene usted gran talento,
y que el papel de su cónyuge
me agrada, pese á los celos.) (Vánse.)

ESCENA VIII.

AURELIA, RICARDO.

RIC. ¡Qué señora y qué visita!
¡Infeliz doctor! (Yo debo
decir, ¡desdichada Aurelia!)
AUR. (¿Qué pensará?)
RIC. (Su tormento
es el mismo de don Casto.
Yo seré insufrible puesto
que obro igual en muchas cosas
que esa mujer.)
AUR. (¡Qué silencio
guarda!) Ricardo...
RIC. Amor mio,
la tarde está hermosa; el fresco
del ambiente nos convida.
¿Vamos á dar un paseo?
AUR. (¡Oh felicidad!) Si quieres...
RIC. Pediré el coche y saldremos...
á la playa.
AUR. (¡Qué alegría!)
RIC. ¡Ah! Tú tienes gran deseo
de ver un buque de guerra,
¿es verdad?
AUR. No, no es empeño.
RIC. Pues me han dicho que la Almansa
ha dado fondo en el puerto,
y vas á verla.
AUR. (¡Qué cambio!)
RIC. La manda Luis de Cisneros,
que es mi amigo de la infancia.
¡Tendrá tanto gusto en vernos
y en conocerte! Anda, vamos?
(¡Si lo rehusara!)
AUR. Prefiero
pasear sola contigo.
RIC. (¡Se sacrifica!) No acepto.
Vamos á ver la fragata.
AUR. Me es indiferente; pero

haré lo que tú dispongas.

RIC. Adivino tu deseo;
y como soy un tirano
que... te adora, te concedo (Llaman.)
diez minutos de *toilette*,
en cuyo plazo aquí espero
á mi seductora esclava
dispuesta á embarcarse.

AUR. Bueno;
por complacerte... (¡Qué cambio!)

ESCENA IX.

DICHOS, DOMINGO.

DOMINGO. Señor...

RIC. El coche al momento,
y en tanto enganchan envía
á alguno al embarcadero
y que alquile el mejor bote.

DOMINGO. (¡Pues van á salir! ¿Qué es esto? (Váse.)

ESCENA X.

AURELIA, RICARDO.

AUR. (¿Habrá acertado mi hermana?
¡Qué dicha!)

RIC. Que se va el tiempo.

AUR. Bien, Ricardo de mi vida,
haré lo que gustes, pero
con tenerte al lado mio
y saber que estás contento,
con que digas que me quieres
y no dudes que te quiero,
soy dichosa; tan dichosa
que ni el paraiso anhelo.

RIC. ¡Aurelia, vales un mundo!

AUR. Quisiera valer mil cielos
y dártelos de ventura.

RIC. Al tocador.

AUR. Obedezco

á mi tirano. (¡Dios mio,
si tanta dicha es un sueño,
que no despierte yo nunca!) (Váse.)

RIC. (¡Corazon, si arde el infierno
dentro de tí, sufre y calla,
calla y ahoga tus celos!)
(Se arroja en una butaca.)

ESCENA IX.

RICARDO, DOMINGO.

DOMINGO. El señor está servido.
(No hace caso. ¡Gran Dios! llora!...
(Se adelanta.)

RIC. (¡Aunque la vida me cueste
y el corazon se me rompa!...
Esa mujer me ha enseñado
que soy un verdugo. ¡Es cosa
que me repugna!)

DOMINGO. (¡Dios mio,
si yo me callo, me ahoga
la pena!)

RIC. Seré la víctima;
lo que ella ha sido hasta ahora,
é imitaré de esa mártir
la resignacion heróica.
La devolveré á su mundo,
á sus lauros, á su gloria,
y en tanto yo silencioso
cada una de sus notas
contaré por una lágrima
de amarga hiel.)

DOMINGO. (No, que ahora
no aguanto más.) (Cerca de Ricardo.)

RIC. ¡Es artista
ántes que mujer! ¡Se agosta
lejos de su ambiente propio
que es la escena!

DOMINGO. (Con respeto, pero enérgico.) Se equivoca
el señor marqués.

RIC. ¡Domingo!

DOMINGO. Perdone vuecencia; es otra
la causa de los pesares
que tienen á la señora
tan triste. Lo que la mata,
lo que la salud la roba,
no lo conoce vuecencia,
ni lo sabe más persona
que el pobre Domingo.

RIC. ¡Habla!

DOMINGO. Me matára una congoja
si callase por más tiempo.

RIC. ¡Habla pronto!

DOMINGO. La magnolia
si se trasplanta á otro clima
que el de África..se deshoja,
pero no pierde el perfume:
¡hasta seca, da su aroma! (Pausa.)
Señor marqués, si vuecencia
tiene un alma tan hermosa,
y el alma es flor, la más pura.
¿Por qué como la amapola
quiere vivir entre abrojos
que hieren al que la toca?

RIC. No te comprendo.

DOMINGO. El ambiente
de esa flor encantadora
que vuecencia quiere tanto...

RIC. ¿Cuál es?

DOMINGO. El alma grandiosa
que Dios puso en ese cuerpo;
alma que para ella sola
se olvida de su grandeza,
sí señor.

RIC. Aurelia llora...

DOMINGO. Porque su esposo la mata.

RIC. ¡Domingo!

DOMINGO. ¿Por qué se goza
vuecencia en ser tan pequeño?...
¡Si alma tiene! ¡No la esconda!

RIC. ¡Negro!

DOMINGO. En África he nacido.
Cuando el africano toma

cariño al amo á quien sirve,
es fiel como un perro. Ahora
mi señor puede matarme,
pero de cierto no logra
impedir que su conciencia
repita lo que mi boca.
Ella lo que quiere es alma,
y su esposo el alma ahoga
empeñándose en que el cuerpo
y el rostro...

RIC. ¡Basta ya!

DOMINGO. Rompa,
señor, este cuerpo horrible
y busque el alma. ¡Qué hermosa
la tiene el pobre africano!
Rompa mi corteza, rómpala.
¡Si el alma es noble, si es bella...
¿el rostro, el barro .. qué importa?

RIC. Tienes razon, habla, habla,
que tu voz como la aurora
de un dia feliz me consuela...
mira.

DOMINGO. ¡Lágrimas!

RIC. Son gotas
de la hiel que se escondía
en mi corazon. Ahora
se va ensanchando mi pecho
al oirte. Habla, no ponga
obstáculos tu librea
á tu voz.

DOMINGO. Vuecencia llora,
y yo que he llorado mucho
sé cuánto en llorar se goza.
El dolor obra es el del mundo:
el llanto del cielo es obra.

RIC. Tienes un alma gigante.

DOMINGO. Mire mi fealdad: ¡asombra!
Y sin embargo, he tenido
quien me adore.

RIC. Quien conozca
tu hermoso fondo.

DOMINGO. Así dice

una mujer hermosa
á un hombre ménos horrible
que yo; pero que atesora
un alma mucho más bella,
á un hombre que se goza
en sufrir, y que yo quiero
que se mire y se conozca.

RIC. ¡Domingo! yo...

DOMINGO. No más dudas,
no más celos, y grandiosa
levántese ya esa alma!...

RIC. ¡Sí, sí!

DOMINGO. ¿Qué vale la forma?
Muestre el fondo, y en su ambiente
respire ya la magnolia.
La marquesa no es artista,
es la mujer que os adora!

ESCENA XII.

DICHOS, AURELIA.

RIC. ¡Oh, sí, venciste, Domingo,
venciste! Dame un abrazo.

AUR ¡Así te quiero!
(Ricardo se desprende de los brazos de Domingo y estrecha en los suyos á Aurelia. Anita y Don Casto aparecen por la izquierda, deteniéndose un momento.)

RIC. ¡Mi Aurelia!

AUR. ¡Créele, créele!

RIC. Te ha salvado.
Comprendo cuanto has sufrido;
perdóname.

AUR. Sea este abrazo
el iris de eterna dicha.
Y tú, (Á Domingo.) ven, dame la mano.

DOMINGO. Señorita, el pobre negro
no es merecedor de tanto.

AUR. ¡Oh! Sí, te somos deudores
de nuestra ventura!

ESCENA XIII.

DICHOS, ANITA, D. CASTO. Anita en su traje ...

CASTO. ¡Bravo!
cada cual por su sistema.
ANITA. (Al doctor.) Los dos nos equivocábamos.
Señor marqués de Solares;
me perdona si algun daño
he podido hacerle?
RIC. ¡Cómo?...
¡La señora de don Casto?...
AUR. El doctor está soltero.
CASTO. Por mi desgracia.
AUR. Ricardo,
que está ya, gracias á todos,
perfectamente curado
de sus celos, aún no sabe
tu llegada ni tu engaño.
RIC. Explicadme...
AUR. Esta graciosa
jóven es Ana Alvarado.
RIC. ¡Anita! ¿Tu hermana?...
ANITA Y suya:
servidora.
RIC. Sean mis brazos
el castigo de tu enredo.
¡Lo que me has avergonzado
con tu fiel caricatura!
¿Y usted, doctor? ¡Á sus años
semejante broma?
CASTO. Anita,
que es un precioso diablo...
ANITA. Gracias.
CASTO. Me volvió el juicio.
Por cierto que, acostumbrado
en poco tiempo al papel
de marido, es muy amargo
quedar cesante.
ANITA. Sí?
CASTO. Mucho.

AUR. ¡Doctor!
CASTO. De verdad lo hablo.
RIC. ¡Anita!...
ANITA. Pues que haga méritos
y puede que con el trato...
CASTO. ¡Oh esperanza!
ANITA. Llegue el dia
de ser repuesto en su cargo.
CASTO. En propiedad?
RIC. Se comprende:
conque si lo quiere, gánelo.
Ahora á visitar la Almansa,
que si en el buque hay piano,
daremos allí un concierto.
DOMINGO. El coche espera.
RIC. Pues vamos.
ANITA. No más celos?
RIC. Nunca.
AUR. Nunca?
RIC. Haz la prueba; estoy curado.
(Ricardo tiende afectuosamente la mano á Dominga, que la besa. El doctor se apodera del pulso del marqués, y Aurelia corre al piano é indica las primeras notas de la cancion de tenor de Rigoletto, que Ricardo escucha sonriendo y moviendo la cabeza negativamente.)
AUR. Vamos á ver.
CASTO. Deme el pulso.
AUR. La donna é móvile
cual piuma al vento:
muta d'acento
é di pensier.
CASTO. ¡Se salvó!
RIC. Mas, falta algo
para colmar mi ventura.
La leccion que me habeis dado
es á muchos necesaria,
pues son los celos contagio
y siempre son mas terribles
cuanto son menos fundados.
(Abrazando á Aurelia; esta se hace adelantar hasta el proscenio y se dirige al público.)

AUR. Celosa querella
robaba á mi alma
la luz de esa estrella
que alumbra en la calma.
Hoy vierte en mi cielo
de glorias y amores
la luz del consuelo
de gratos fulgores.
Si aún late celoso
algun corazon,
ejemplo preciso
le da esta leccion.

FIN.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
Una casera modelo..................	1	D.ª Asuncion Lozano...	»
Una justa literaria..................	1	D. Leopoldo Vazquez...	»
Una noche borrascosa..............	1	J. V. y Sanchez......	»
Un pollo fiambre	1	E. Jackson Cortés...	»
Una tempestad de verano	1	Julio Nombela......	»
Un conspirador.....................	1	Navarro...	»
Un detalle de la vida...............	1	Adelardo de la Calle.	»
El jornalero...............	2	Emilio Álvarez.....	»
El señor de Manzanillo..............	2	Salvador M. Granés..	»
El sombrero del ministro...........	2	Sres. Nombela y Castillo.	»
Herir en el corazon................	2	D. José Jackson Veyan..	»
La resurreccion de Lázaro.......... ..	2	Enrique Gaspar.....	»
Para tal culpa tal pena..............	2	José Echegaray.....	»
Para una coqueta un viejo............	2	Miguel Echegaray...	»
Verde y madura......	2	Sres. P. M. Barrera y E. G. Bedmar.......	»
Bienes vitalicios....................	3	D. Enrique Zumel.....	»
El corazon de una madre............	3	José Luis Clot......	»
El esclavo de su culpa...............	3	J. Antonio Cavestany.	»
El tabernero de las Vistillas ó manolos y franceses......................	3	R. G. Santisteban...	»
En el pilar y en la cruz............	3	José Echegaray......	»
Haz bien.......	3	Miguel Echegaray...	»
La mancha en la frente........... ..	3	Sres. C. S. Bravo y Estéban Garrido......	»
Lo que no puede decirse............	3	D. José Echegaray......	»
Quiero ser pobre...................	3	R. G. y Santisteban..	»
Realistas y Puritanos...............	3	José Luis Clot......	»
¡Risas y lágrimas!..................	3	L. Mariano de Larra.	»
Vivir á escape....	3	R. G. Santisteban...	»
Trece de febrero.	4	José María Diaz.... .	»
Los bandidos de la córte de los Milagros.	5	Juan Belza..	»

ZARZUELAS.

Boda ó muerte.....................	1	Sres. Navarro y Nieto...	L. y M.
La vecchia Zitella...................	1	Sres. R. del Castillo y N. Manent.........	L. y M.
La voz pública.....................	1	Coll y Britapaja y G. Cereceda...... .	L. y M.
El laurel de oro....................	2	Granés, Navarro....	L.
Entre locos.........	2	D. J. Gaztambide......	L. y M.
La buena ventura.	2	Álvarez. y Vehils....	L. y M.
La criada........................	2	Vidal y Navarro y Esther..........	L. y M.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
Á casarse tocan......................	3	D. José Inzenga.......	M.
Don Juan Tenorio....................	3	Sres. Zorrilla y Manent..	L. y M.
La panadera del Campillo............	3	C. Nuñez y Granés...	L.
Las campanas de Carrion.............	3	Larra y Planquette..	L. y M.
Los sobrinos del capitan Grant..	3	D. M. Fdez. Caballero..	M.

Han dejado de pertenecer á esta Galería las comedias en un acto tituladas: ***El matrimonio secreto; En el cuarto de mi mujer; En la sombra; La nieta del zapatero; La voz del corazon; Very Well,*** y la mitad de ***El laurel de la Zúbia;*** el libro de la zarzuela en un acto ***El sargento Lozano,*** y el de la en tres llamada: ***Una cancion de amor,*** obras de D. Antonio Hurtado.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9; y de *D. J. A. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, núm. 2.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.